

Lenguaje y emancipación

Dorando J. Michelini

En lo que sigue pretendo esbozar los rasgos fundamentales de la Teoría de la competencia comunicativa de Jürgen Habermas, tal como aparece en *Vorbereitende Bemerkungen zu einer Theorie der Kommunikativen Kompetenz*, y analizarla bajo la perspectiva de las relaciones entre lenguaje y emancipación.

En el centro del programa teórico de Habermas está la idea de una ciencia social crítica que no se detiene en la comprensibilidad obtenida por acceso hermenéutico, sino que para la comprensión del hombre y de la sociedad pretende avanzar más allá del sentido hermenéutico y preguntar por lo que hay detrás de él. El objetivo fundamental de los análisis habermesianos es ab initio la consecución de *emancipación* (Emanzipation, Aufklärung, Mündigkeit). El proceso de emancipación, a su vez, debe ser puesto en marcha por lo que Habermas denomina el establecimiento de la *autorreflexión*.

Este programa inicial de Habermas experimenta un cambio considerable en los inicios de la década del '70, cuando su reflexión se orienta hacia consideraciones lingüístico-analíticas (aún cuando se añade, claro está, que el objeto último y general de su teoría sigue siendo el mismo, a saber: la consecución de emancipación). En lugar de los primeros ensayos y tesis marxianas, la teoría crítica de Habermas parte ahora de un análisis del lenguaje, de una indagación de las normas fundamentales de todo habla posible. Estas normas fundamentales están incorporadas en la pragmática universal —es decir, es una teoría del obrar con pretensión de validez universal y “sólo pueden ser fundamentadas y desarrolladas en una Teoría de la competencia comunicativa” (Vorbereitende Bemerkungen...)

Una de las características de esta nueva orientación es que la comunicación racional no está orientada ya a intereses particulares (como se sostiene en *Reconstrucción del materialismo histórico*), sino que el individuo sólo es considerado con capacidad discursiva y, en definitiva, como ‘racional’, en tanto sustente y defienda intereses capaces de ser universalizables (y, en consecuencia, no-individuales).

Pero la originalidad de Habermas reside en la vinculación que él establece entre lenguaje y emancipación. En efecto, si bien Habermas coincide con cierta comprensión tradicional del lenguaje, no lo reduce al ámbito subjetivo-objetivo, sino que le asigna un

carácter radicalmente intersubjetivo, en el que está inequívocamente expresada la intención de un consenso común y sin restricciones (Cp. *Wissenschaft und Technik als ideologie*). Y lo que separa definitivamente la concepción habermasiana del *lenguaje* respecto de la tradicional, es su vinculación con el *interés en la emancipación*. La emancipación se nos da con el lenguaje, puesto que éste constituye la única realidad que nos saca de la naturaleza y que nosotros podemos conocer según la propia naturaleza.

Partiendo de la convicción de que por medio del lenguaje es posible la emancipación y un conocimiento que no es ni cientificista ni ideológico, Habermas esboza una *teoría de la competencia comunicativa* que tiene como eje lo que él denomina *Universalpragmatik*, pragmática universal, es decir, una teoría del obrar con pretensión de universalidad. Para Habermas, emancipación significa la realización de una idea que está presente en cada acto de habla. La pragmática universal muestra justamente las estructuras teórico-lingüísticas de la *situación ideal del habla*. A diferencia de la pragmática empírica, cuyo objeto son las expresiones concretas, la pragmática trascendental se ocupa de las estructuras generales de cualquier situación de habla posible y, con ello, de los componentes de un diálogo sin represión.

Habermas distingue dos formas de comunicación: el obrar comunicativo o interacción y el discurso. La interacción es el ámbito en el que se da un intercambio de información, es decir, de experiencias vinculadas al obrar, sobre el supuesto ingenuo de la validez de los contextos de sentido; en el discurso se hace abstracción de toda información y sólo se tematizan las pretensiones problematizadas de validez. El aporte específico del discurso consiste en “tratar de explicar una comunicación, es decir, producir un consenso real, con relación a los mismos medios lingüísticos del discurso”. En el discurso hallamos el principio o criterio de verdad, sin el cual no sería posible ni siquiera la comunicación; por ello, en todo discurso estamos forzados a presuponer una situación ideal de habla —tesis esta que es discutida por Habermas en el marco de lo que él denomina una teoría consensual de la verdad—. Pero en nuestro contexto nos interesa primordialmente el análisis del discurso desde la perspectiva de su realización práctica, tematizando así la situación ideal de habla bajo el aspecto práctico como forma de vida emancipada.

La idea central y original de Habermas es que con la situación ideal de habla y con el obrar comunicativo puro no sólo se da la posibilidad del discurso y del reestablecimiento de la comunicación, sino también que tal situación ideal anticipa contrafácticamente la posibilidad de habla y comunicación sin represión, que es la característica fundamental de la conciencia emancipada. Con la situación ideal de habla se establece en la comunicación no “sólo una intercambiabilidad de principio de los roles del diálogo, sino también una igualdad efectiva de las oportunidades en la percepción de los roles del diálogo, es decir, también en la elección y efectivización de los actos de habla”.

Habermas es plenamente consciente de las dificultades que se presentan respecto del status teórico-práctico de la situación ideal de habla en el discurso o del modelo de un obrar comunicativo puro en las interacciones. Así, el consenso logrado a nivel de la anticipación ideal del diálogo no es garantía de su realización efectiva. Sin embargo, “la anticipación de la situación ideal de habla tiene para toda comunicación posible el significado de una apariencia constitutiva, que es a la vez manifestación de una forma de vida”. De todos modos, la realización efectiva de la situación ideal de habla tiene en el discurso argumentativo sólo una condición necesaria, pero no suficiente: para la realización efectiva de la emancipación del individuo y de la sociedad hace falta, además del discurso argumentativo, un *interés*, que para Habermas está dado en la *autorreflexión*.

Habermas distingue entre *reconstrucción* y *autorreflexión*. Las reconstrucciones

son procesos cognitivos que tienen por objeto el análisis de las estructuras subyacentes al comportamiento lingüístico-cognitivo y práctico-moral; la autorreflexión, por el contrario, apunta a detectar y analizar las limitaciones inconscientes que condicionan el conocimiento y la acción de un determinado sujeto en un determinado proceso cultural.

El problema de la autorreflexión es planteado por Habermas dentro del amplio marco del fenómeno de la comunicación lingüística; su interpretación es que aquella constituye la instancia crítica que permite —verbalizando los componentes no-verbales presentes en el habla— suprimir las perturbaciones del diálogo y restablecer así la comunicación. En el análisis de esta problemática se muestra la relación directa existente entre el lenguaje corriente y su capacidad de relación consigo mismo, es decir, de autointerpretarse. Esta situación hace necesario deslindar el ámbito de la hermenéutica del de la autorreflexión.

La coincidencia capital entre la autorreflexión y la autointerpretación lingüística o comprensión hermenéutica es que ambas recurren en sus respectivos análisis a elementos no-lingüísticos. La diferencia esencial entre ambos métodos de análisis está dada, según Habermas, en que la autorreflexión posibilita la *crítica ideológica*, es decir, el análisis de los condicionamientos externos de la comunicación lingüística y de las causas de su posible perturbación o interrupción. La superioridad de la autorreflexión frente a la hermenéutica estaría dada así en esta recurrencia crítica a las causas extraverbales en el proceso de comunicación lingüística.

La autorreflexión no circunscribe su ámbito a la comunicación lingüística, sino que se extiende al dominio de la comprensión sistemática de la sociedad y de la historia. En este sentido, la autorreflexión como método se distingue tanto del procedimiento de las ciencias de la naturaleza, dirigidas al saber nomológico, como del método hermenéutico, que si bien puede acceder a una crítica inmanente, es incapaz de efectuar una crítica eficaz de los fenómenos histórico-culturales que encubren ideológicamente conflictos y obstaculizan o impiden la emancipación.

Para el interés emancipatorio, la crítica de las ideologías, entendidas éstas como distorsiones que emergen en el mismo lugar en que se entrelazan la obra, el discurso y el poder, tiene un carácter fundamental y decisivo. El interés crítico y emancipador —que en el pensamiento de Habermas posee el status de una idea kantiana—, consiste en un desenmascaramiento de las distorsiones sistemáticas de la estructura comunicativa, el cual permite, a través de la reconstrucción de las necesidades y de los intereses ideológicamente solapados, que se restablezca una comunicación libre y sin represión.

Los caminos que se abren a la reflexión y a la discusión son muchos. Señalaré sólo uno, aunque uno de los más importantes: el que conduce a una reinterpretación crítica de las tradiciones. En este sentido, Habermas propugna el ejercicio de la crítica ideológica frente a una hermenéutica entendida como filosofía del discurso, incapaz de tomar distancia de sí misma. Los hermeneutas, como Hans-Georg Gadamer, entienden que la crítica es necesaria, pero que se da siempre al interior de la hermenéutica filosófica. Y hay quienes como Paul Ricoeur (Cop. Ética y Cultura. Habermas y Gadamer en diálogo), buscan mediatizar las posiciones a través de tesis como la siguiente: “el interés en la emancipación sería vacío y anémico a menos que recibiera un contenido concreto proveniente de nuestro interés práctico en la comunicación y, en consecuencia, a menos que se viera confirmado por nuestra capacidad de reinterpretar en una forma creativa nuestras herencias culturales”. Con ello se podría ampliar considerablemente el concepto de emancipación mismo, que en Habermas parece estar demasiado circunscripto al concepto de la acción como autorreflexión, como así también reinterpretar la articulación de la acción

con otros fenómenos tan importantes como los de poder, violencia y dominación, o con el fenómeno de la identidad cultural de los pueblos o, lo que es lo mismo, de la diversidad de las culturas, que son las que en última instancia hacen posible la emancipación, otorgándole contenido y sentido. A la fundamentación filosófica formal y rigurosa de la moralidad, el ethos podría aportar una orientación y un sentido a la acción concreta.